

DE BUENAS LETRAS

# Nada hay más necio que el prejuicio

MIGUEL ARNAS CORONADO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**V**ivimos en un mundo regido por el utilitarismo, por la lógica. Lo que no es útil no sirve, se aparta. Un error porque, por ejemplo, ¿por qué ama usted a esta persona y no a otra? En tal caso, ¿lógica?: ninguna, no la busquen porque no la hay. La razón, entonces, por mucho que se pregone, no alcanza, no da casi ni para empezar, o solo para empezar.

Tenemos un cerebro que también tiene su economía. Ahorramos energía en él. Pero esa economía, ese ahorro como en ocasiones al avaro, nos sale cara. Es mucho más cómodo seguir el común sentir, el prejuicio, el creer que se sabe sin saber, que estar pensando y replanteándose las cosas de continuo. Y eso nos sale caro. Es funesto.

Hablaba en anterior artículo del 'pensamiento simplón'. Este tiene mucho que ver con el prejuicio. En un mundo ideológico de buenos y malos es muy sencillo pensar: los buenos son los míos y los malos, los otros. Se prejuzga. Muchos creen, y lo peor es que lo pregonan, que tal o cual comunidad ét-

nica (hoy no se debe decir racial, pero es lo mismo) es así o asá. Todos caemos en eso, sin querer o queriendo. Y lo malo es que introducimos en el mismo saco a toda esa comunidad. Y esta idea es idéntica a cuando negamos que esa misma comunidad no tenga, en general (es decir en un porcentaje más o menos alto, pues cuando hablamos de sociología siempre hablamos de porcentajes) esa característica o defecto que otros le achacan.

Es muy normal escuchar a alguien asegurar que no le gusta la música clásica, o el fútbol, o leer, o la copla. Pero ¿hemos escuchado, visto o practicado alguna vez eso que negamos nos guste? A menudo por leer un autor o escuchar tal o cual tipo de música, ya deducimos que en general ese autor o esa música no nos gustan. ¿Es lógico que juzguemos por un solo ejemplo? No, ¡y sin embargo lo hacemos! Lo hacemos por comodidad, por economía, para no pensar, para no calentarnos la cabeza. Todos, desde fuera y en los otros, pensamos que eso es una barbaridad.

Tengo un amigo que le niega a cierto filósofo la calidad de tal porque habla de religión. Solo leyó el título de un libro de ese pensador que decía tal cosa: 'Hablemos de religión' o quizá 'La religión como meditación', no sé, y si lo sé no quiero decirlo porque el ejemplo es falso, naturalmente. Ese erudito ya no le interesa. Pero ¿ha pensado que quizá al cavilar sobre la religión, el tal filósofo dice exactamente lo mismo que él opina? Si es así, no lo sabrá nunca porque esa negativa le impide que conozca nada de él. Se niega a cualquier otra obra de ese autor.

Lo mismo pasa en política o en tantas cosas. Oímos decir que tal medicamento es dañino. Hoy disponemos de un cúmulo de información en internet. No se nos ocurre consultarla a pesar de que nos pasamos el día pegados al móvil conversando patochadas si es que a tal engendro se le puede llamar conversación. Nos dijeron que es dañino, pues lo es. Sin más. Hay curas pederastas, cierto. Muchos quisieran que se prohibiera la religión. También hay entrenadores deportivos acusados de tal, pero ni por asomo se les ocurre proponer que se prohiba el deporte. El asunto ya está decidido, ¿para qué pensar más?

Unamuno creía en un hombre que fuera crítico con todo, que lo recapacitase todo. Nietzsche hablaba del superhombre, que viene a ser ese individuo activo que repiensa todo antes de formarse una opinión (no solo pero también eso). Zambrano teoriza el 'hombre verdadero' (y mete en ese sustantivo hombre a los humanos todos, sin distinción). Deberíamos seguirlos. Pero no. Es más cómodo no pensar.